

*Catalina Guzmán de Ascencio o el conflicto de lealtades: entre el machismo, el malinchismo y el feminismo*

**(Catalina Guzmán de Ascencio or the Perfect Case of Conflicting Loyalties to: Machism, Malinchism and Feminism)**

**Lavinia IENCEANU**

“Alexandru Ioan Cuza” University,  
Iași, Romania

**Abstract:** The present contribution proposes a hermeneutically- and socioanthropologically-based approach to Catalina Guzmán de Ascencio’s ascent in a men’s world, as depicted by Ángeles Mastretta in the novel *Arráncame la vida* (1985). In order to successfully make out the inner workings of the protagonist’s developing identity, we seek to analyze more closely the driving force behind the adultery committed, and, in so doing, we hope to pin down the axiological tenets of feminine behaviour, more specifically, to trace her ontogenetic evolution back to its *fons et origo*, with a view to capturing the psychological profile of this very young Mexican adulteress by zooming in on several phases of her search for a new identity, or patterns followed in constructing her femininity. Thus, her growing awareness of the power residing in this femininity, which, as she matures, makes for her conversion from victim into victimizer, from the perfect ingénue into Mrs. Ingenuity, from a humble imitator into a fierce combatant, or from a rather dependent and self-effacing girl into a fairly independent and self-assertive woman, adduces supporting evidence for our claim that facing us is the perfect case of constructing the feminine identity at the expense of the masculine alterity, or, worse even, by more or less abruptly destroying one’s inner self. In the light of the above, while upsetting tradition, general Ascencio’s highly atypical spouse can be viewed as in fact setting up a new typology in the literary genre documented, since, even if a genuine representative of Feminism still very much in its infancy, she did after all revolutionize the spirit of that epoch. Finally, by bringing allegory to bear on the interpretation of this novel, we venture to

construe Catalina Guzmán de Ascencio as an epitome of the Mexican life philosophy in particular, and, by extension, of the spiritual Hispano-Americanity at its ripest, and last but not least, as a personification of the decolonized “Motherland” as well as a feminine symbol of the fate of Hispanic America at large.

**Keywords:** identity (re)construction, (self)destruction, femininity, Feminism, Malinchism, Machiavellianism, Electra’s complex

**Resumen:** El presente trabajo investigativo plantea un enfoque hermenéutico socio-antropológico de la trayectoria vital de Catalina Guzmán de Ascencio, la protagonista de la novela mastrettiana *Arráncame la vida* (1985). Al desentrañar el armazón identitario del personaje, pretendemos examinar los resortes subyacentes al adulterio y rastrear los pivotes axiológicos de la conducta femenina, esto es, incidir en el cómo y los porqués de su evolución ontogénica con vistas a hacer un esbozo del perfil psicológico de la jovencísima adúltera mexicana, poner de relieve sus avatares identitarios y pilares idiosincrásicos, así como delinear las pautas de construcción de su feminidad. En este sentido, las progresivas tomas de conciencia y poder de la protagonista, a la par que los escalones madurativos que ésta va remontando a fin de convertirse de víctima en victimaria, de ingenua en ingeniosa, de imitativa en combativa, de dependiente e insuficiente en independiente y autosuficiente, dan fe de un singular proceso de *construcción* de la *identidad* femenina cimentado en la gradual *destrucción* de la *alteridad* masculina, cuando no en repentinas o paulatinas *autodestrucciones*. A la luz de todo ello, la *atípica* esposa del general Ascencio parece sentar las bases de una nueva *tipología* literaria, vertebrada por la conciencia de género, al ser una feminista en ciernes, pero, aun así, revolucionaria para la época. En virtud de algunas claves de lectura alegórica que barajamos, sopesamos, por último, la posibilidad de interpretar a Catalina Guzmán de Ascencio como epítome de la filosofía vital mexicana en concreto, y, por extensión, de la quintaesencia espiritual hispanoamericana, a la vez que hipótesis de la “Madre Patria” descolonializada y símbolo femenino del destino de toda Hispanoamérica.

**Palabras clave:** (re)construcción identitaria, (auto)destrucción, feminidad, feminismo, malinchismo, maquiavelismo, complejo de Electra

## Introducción

*Una mujer ha de  
verse como una jovencita,  
trabajar como un burro,  
**pensar** como un hombre y  
**actuar** como una dama.*

Hija, hermana, amiga, esposa, amante, madre, ama de casa. Esclava o bien reina y señora, muñeca adorada o vejada criada, alma gemela o mero adorno, *donna angelicata* o *endemoniata* y *femme fatale*, símbolo erótico, trofeo, depositaria de los valores más aquilatados o semilla de la discordia y origen de todos los males, fecundo agente o paciente objeto del deseo... De acuerdo al surtido de papeles que la mujer viene desempeñando desde que el mundo es mundo, hasta hace poco, *servir*, *pertenecer*, *obedecer* eran deberes femeninos ineludibles. Privada, pues, de los derechos de *poseer*, *demandar* y *mandar* a su vez, la mujer estaba condenada a agonizar entre el yunque de sus frustraciones, sentimientos y deseos íntimos reprimidos, por una parte, y, por otra parte, el martillo de la así llamada “buena crianza”, que en realidad venía a ser una educación sumamente enajenante.

En estas condiciones, si empeñarse en encontrar válvulas de escape ancilares, discordantes de las que se estilaban, pero consonantes con las necesidades más íntimas, o vías añadidas — como, por ejemplo, el adulterio— para factibilizar los ideales y dar cauce natural a la personalidad propia con tal de alcanzar la plenitud y armonía interiores, se traduce, invariablemente, en llevar la semilla de la discordia al hogar propio, sucumbir y conformarse con estar siempre a merced de y ser el mero reflejo de una voluntad, las más de las veces masculina, ajena a la propia, afianza el machismo.

Visto esto, reconquistarse después de haber sido conquistada, y apropiarse de aquellas parcelas de poder que le permitan recobrar el libre albedrío —la capacidad propia de autodeterminarse sin estar sujeta a determinismos exteriores— y rescatar el concepto de feminidad caído bajo la zarpa del machismo, reivindicando las virtudes y los derechos propios de un sujeto activo entregado a la búsqueda de su propia satisfacción, resulta ser toda una hazaña, y más estando dentro del corazón mismo de unas sociedades falocéntricas hasta los tuétanos, donde los tenorios no tienen «por qué disimular», en cambio «las mujeres, cuando andan de cabras locas queriéndose coger a todo el que les pone a temblar el ombligo, se llaman putas» (*ALV*<sup>1</sup>, VIII).

No obstante, dentro de ese «desenfrenado cóctel de amor, sexo, ingenuidad, machismo y política»<sup>2</sup> que se da en la primera novela de Ángeles Mastretta, galardonada con el premio Mazatlán de Literatura en 1986, aun cuando previamente se haya dejado *moldear*, la que termine “poniéndose los pantalones” y demuestre tener tanto las “agallas” como los “sesos” para saber cómo y cuándo socavar el orden patriarcal imperante en el convulso México posrevolucionario hasta lograr imponer su voluntad, no sólo en el ámbito doméstico, privado, sino más aún a nivel público, y erigirse en *rompemoldes*, será la quinceañera Catalina Guzmán, una vez convertida en la señora de Ascencio y Primera Dama de Puebla. Así pues, desde la primera etapa de su matrimonio —uno más de los matrimonios desiguales concertados a la sazón—<sup>3</sup>, la mujer oficial —engañada— del donjuán de

---

<sup>1</sup> A lo largo del presente trabajo, “*ALV*”= *Arráncame la vida*.

<sup>2</sup> Términos que se vehiculan a la hora de calificar a la película *Arráncame la vida*, adaptación cinematográfica de la novela homónima de Ángeles Mastretta, <http://www.museodelamujer.org.mx/docs/cineclub/arrancameLaVida.pdf>.

<sup>3</sup> Atiéndase, a este respecto, la iniciativa de Catalina en su primera aventura extraconyugal con Pablo, el lechero.

Puebla, no se queda a rumiar el abandono ni su condición de cornuda, sino que recurrirá a su vez a la infidelidad conyugal con tal de serse fiel a sí misma. Dicho de otro modo, con aquel “cóctel” vivencial de sensaciones y sentimientos encontrados en que se le torna la existencia, Mastretta prueba ser una destrísima escanciadora de tintas fuertes, pues el personaje femenino salido de su pluma terminará trocando su sangre caliente y genuino “amor a la mexicana” en la sangre de horchata de una asesina, dándole paso a un tremebundo odio a la mexicana. Como tal, de apática e indolente a tiránica e intransigente, de una reverenda desgana a un soberano desenfreno, el trasunto ficcional de la que fuera Bárbara Margarita Richardi Romagnoli, la viuda de Maximino Ávila Camacho —gobernador de Puebla entre 1937 y 1941—, logra un notable cambio de paradigma en el «país del machismo proverbial» que es México (*cf* Jorge Ruffinelli, 1990, *apud* Llarena, 1992: 468), ya que, la aleación de férrea voluntad nata y aguda sagacidad adquirida, de tierna intuición femenina y fría inteligencia masculina, que vertebra a la protagonista, a la vez la espolea y capacita para manipular a su esposo desde la trastienda, para finalmente eliminarlo y quedarse ella con las riendas de su propia vida.

Consecuentemente, a diferencia de sus celebérrimas antecesoras literarias —madame Bovary, la Regenta, Anna Karenina, Effi Briest etc.—, esta activa, emprendedora y ocurrente *mujer de ojos grandes* demuestra, de la mano de una de las escritoras más populares del *Post-Boom* latinoamericano, que *querer es poder*, al ser ella quien consiga cambiar su circunstancia una vez que haya decidido dejar de amoldarse a ella, y, aun permaneciendo en el umbral de éste, con ello da pie al *boom* feminista hispanoamericano, sumándose a tantos personajes femeninos reveladores plasmados por Francisco Rojas González (1904-1951), Nellie Campobello (1909-1986), Elena Garro (1920-

1998), Elena Poniatowska (1932), Sara Sefchovich (1949), Laura Esquivel (1950) y un largo etcétera.

Por ende, el «rayito de luz» (*ALV*, XXIII), que deslumbra a su marido, trasvasando en idóneas actitudes las insólitas aptitudes que el general Ascencio había atisbado en ella y ganándose de su parte el respeto que se le tiene a un igual (!), logrará brillar con luz propia en la constelación androcéntrica del poder, contrarrestando en parte la acusada propensión machista que se ha perpetuado hasta nuestros días, desplazándose desde la periferia hacia el centro y escalando posiciones hacia la autoafirmación. Y, como «pequeña chispa gran llama enciende», aquello que el general Ascencio inicialmente vislumbrara en rescoldo, a saber: inteligencia, audacia e intuición, a fuerza de atizarlo, no tardará mucho en engendrar las llamaradas que acabarán por consumirlo a él también, una vez que su señora haya concluido la autognosis.

En rigor, Catalina aprenderá a pensar como un hombre, sin dejar de actuar como una dama, cambiando su ocio por la “chamba” de Primera Dama, esposa, madre, madrastra y ama de casa, en una primera fase, para después no asumir otro “oficio” que el de “gobernadora” de su propia vida. En resolución, esta Eva cotidiana quien, habiendo despertado a la cruda realidad, se desespera y, acto seguido, se despereza, ampliando sus horizontes, tomando paulatinamente conciencia tanto de sus derechos como de las armas de que dispone, y aprendiendo de la autoridad masculina hasta ingeniárselas para superar a su maestro y amo, en un engarce idóneo de *ciencia* y *conciencia*, se perfila como un eslabón generacional, que puentea entre el conformismo y la sumisión femeninas, por una parte, y la insurrección feminista, por otra parte. En otras palabras, aunque desprovista de cualquier adarme de misandria, la *esposa del cacique*, la tácita cómplice que había contribuido a la ascensión política de éste, queda convertida en la *cacica de su esposo*, al traicionarlo, “cambiar de chaqueta” y alzarse ella con el poder de *facto* sin más compromiso que consigo misma.

## Una feminista *ante litteram*

El día que una mujer pueda amar, no con su debilidad, sino con su fuerza, no escapar de sí misma, sino encontrarse, no humillarse, sino afirmarse, ese día el amor será para ella, como para el hombre, fuente de vida y no un peligro mortal.

(Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*)

Esposa y madre abnegada hasta cierto punto, si Catalina Guzmán de Ascencio no sigue los pasos de Margarita Gautier, para proclamarse, en cambio, como una superviviente dama de las camelias mexicana, en la que confluyen ternura y agresividad, cordura y locura, una dama de los cempasúchiles y las alfalfas, que piensa llorando y pensando deja de llorar para romper a carcajadas divertida con su futuro, «casi feliz» a finales de la novela, ello se puede achacar precisamente a lo que podría ser visto como la diferencia constitutiva medular específica de la señora de Ascencio. Concretando, el distintivo cultural identitario de la adúltera mexicana radica, en gran medida, en su carácter híbrido, en aquel mestizaje de yacimientos espirituales y volitivos intrínsecos y ese balsámico optimismo, ese idiosincrásico *carpe diem*<sup>4</sup> por el que parecen regirse los hispanoamericanos en su conjunto y gracias al cual logran hacer de tripas corazón y sobreponerse de cualquier desgracia. Pues bien, este legado filosófico-genético le valdrá a Catalina para que su propio cielo escampe en el momento menos esperado y la propulsará a la altura de sus aspiraciones, permitiéndole perpetuar sus valores endógenos inalienables, aunque sea a fuerza de perpetrar un crimen, al recurrir precisamente a los métodos exógenos anteriormente repudiados.

---

<sup>4</sup> Derivado del *Cielito lindo* que don Marcos, el padre de la protagonista, se pasaba todo el día canturreando.

Dicho esto, se colige que este “fruto tardío” femenino de ultramar, de frondosa personalidad y heterogénea savia moral, constituye un modelo *sui generis* de feminismo sabio, más bien practicante que militante, pues, en pleno androcentrismo, esta poblana es de entre las primeras en “predicar con el ejemplo” transgresor. De modo que, ante la aparente incompatibilidad entre la realidad y sus aspiraciones, la Gobernadora de Puebla, vale señalarlo, ni rehúye de, ni soslaya el orden imperante, sino, ora lo impugna de frente, ora lo socava con mucho tino, pero desecha la pseudosolución lamentable que habían adoptado madame Bovary y Anna Karenina, esto es, en ningún momento contempla el suicidio y, si bien es cierto que había tenido algunos conatos de fuga en un camión rumbo a Oaxaca para:

ser cualquiera sin un marido dedicado a la política, sin siete hijos apellidados como él, salidos de él, suyos mucho antes que míos, pero encargados a mí durante todo el día y todos los días con el único fin de que él apareciera de repente a felicitarse por lo guapa que se estaba poniendo Lilia, lo graciosa que era Marcela, lo bien que iba creciendo Adriana, lo estiloso que se peinaba Marta o el brillo de los Ascencio que Verania tenía en los ojos (VI),

y empezar una nueva vida en

un país donde él no existiera, donde su nombre no se pegara al suyo, donde la gente la odiara o la buscara sin mezclarla con su afecto o desprecio por [el general Ascencio] (VII), en una casa que no fuera aquella fortaleza a la que le sobraban cuartos (XXVI),

esto sí, ella no sale del paisaje, sino todo lo contrario: se sale con la suya y sale bastante bien parada, aunque a lo maquiavélico,



pisando cadáveres sin mancharse, exactamente a imagen y semejanza de su marido.

Llegados a este punto, cabe preguntarnos cómo llega la candorosa, ignara, perezosa y regiega Catalina Guzmán a convertirse en la taimada, culta, hacendosa y morigerada señora de Ascencio. ¿Cómo le hace esta «escuinclá» poblana educada por las monjas salesianas en un colegio clandestino del que salió «con mediana caligrafía, algunos conocimientos de gramática, poquísimos de aritmética, ninguno de historia y varios manteles de punto de cruz» (I) para dejar de ser la niña-esposa cosificada, con la que su marido hablaba, en etapas iniciales, «como con las paredes, sin esperar que le contestaran, sin pedir su opinión», la mujer vista «a veces como una carga, a veces como algo que se compra y se guarda en un cajón [...], como un juguete con el que se platicaba de tonterías, al que se cogía tres veces a la semana», pero que todos los días corría a todo pulmón por las escaleras mientras que éste terminaba de contar hasta trescientos?; ¿cómo logra esta pueblerina, habiéndose sacudido de encima lo ranchero y adquirido esa conducta «bonita, dulce, impecable» y los refinados modales que despliega en los banquetes organizados por ella misma, dejar de arrastrar la cruz de ser percibida como parte de la decoración, como un mueble o accesorio, y aprenderse la gramática parda que le permita hacer historia, al convertirse en la primera y única dama en llevar el apellido, en escribir los postreros discursos, en granjearse el amor y finalmente el respeto del temido general Andrés Ascencio? ¿Cómo logra, pues, la «necia», «argüendera», «güevoncita» de Catalina, que se había ganado caricias y nalgadas, pero ninguna bofetada por parte de su general, atinar a saber cuándo trocar su audacia en diplomacia y su bravura en discreción?; ¿cómo acierta esa damisela a saber cuándo poner cara de niña o de gobernadora, cómo dosificar sus miradas dulces o torvas, sus sonrisas, sus lágrimas, sus besos y caricias?; ¿cómo aprende cuándo dejarse “poner la brida” y

cuándo “morderla”, cuándo ser «yegua fina» y cuándo darse el lujo de desbocarse y retozar como «cabra loca» que desafía el peligro y la muerte por el huerto de las delicias?; ¿cómo aprende a reprimirse las ganas de «ahorcar alguna visita», cuándo callarse y cómo decir bajito cosas que quería que se dijeran alto sin tener que decirlas ella?; ¿cómo intuye cuándo callarse y tragarse las palabras, comerse el barniz y las uñas o dejar caer sobre el aire los reproches que no se atrevía a pronunciar, cuándo apretar el puño hasta que las uñas se le enterraran en la palma de la mano y cuándo llorar hipeando, berrear hasta quedarse dormida en el suelo o montar en cólera y llorar a gritos, dejando que el aire le fuera secando las lágrimas? Finalmente, ¿cómo adquiere los redaños para quitarse los pelos de la lengua y espetarle a su marido en la cara con aplomo abogadesco las réplicas cabales, suficientemente atrevidas, contundentes y mordaces, como por ejemplo:

¿Quién te crees? [...] ¿Tú pusiste de Guzmán? [...] Si firma Rodolfo, también que firmen mis hermanos -dije yo. [...] Yo no puedo desayunar sin jugo. (I) - ... Las [mujeres] ricas andan en la calle. -Y contigo -le contesté. (V) - Porque así es uno. Hasta que no le llegan a lo suyo no siente -dije. [...] - No te creo -le dije por primera vez en mi vida. (VI) Pero, si todo el mundo va a ganar algo, yo quiero mi caballo de regreso o le digo la verdad a don Juan el de Avante. (VII) ¿Quién te autorizó a irte de cuzca? -preguntó [Andrés] cuando entré cantando a nuestra recámara como a las doce. -Yo me autoricé -le dije con tal tranquilidad... (IX) Cuando te conviene es tu hija, cuando no te conviene es nuestra hija. [...] - No sabía quién era su hija el pobre don Marcos. - Menos quién era su yerno -dije. (XVIII),

que terminen por arrancarle al general Ascencio comentarios del tipo:

Eres una vieja chingona. Aprendiste bien. (IX) Ésta debió ser abogado; si ésta hubiera sido hombre, sería político, es más necia que todos nosotros juntos [...]; eres lista como tú sola, pareces hombre, por eso te perdono que andes de libertina. Contigo sí me chingué. Eres mi mejor vieja y mi mejor viejo, cabrona. (XXIV),

entre muchos otros de corte machista:

-Si -dijo Andrés. La acepto, prometo las deferencias que el fuerte debe al débil [...] – No, hija, porque así no es la cosa. Yo te protejo a ti, no tú a mí. Tú pasas a ser de mi familia, pasas a ser mía- dijo. [...] -No sabes montar, no sabes guisar, no sabías coger ¿A qué dedicaste tus primeros quince años de vida?-preguntaba. (I) -Ya te salió lo mujer. Está usted hablando de su inteligencia y luego le sale lo sensiblera -dijo Andrés... (VIII)?

Pues bien, la respuesta a lo anteriormente planteado descansa en el proceso de construcción de la identidad de una mujer movida por ansias independentistas, que, en el marco de las dicotomías primordiales, a saber: naturaleza-cultura, debilidad-fuerza, civilización-barbarie, obediencia-transgresión etc., se articula en torno al *mecanismo atracción-rechazo* hacia valores propios de la mismidad o bien de la otredad, con sus consecuentes resultados: el conyugicidio a la par que el suicidio y/o la regeneración moral.

A grandes rasgos, el espejo de la protagonista que hemos sometido a juicio, donde las esquiras de una niñez segada, una adultez cegada a medias y una viudez recién ganada se sueldan en este *Bildungsroman* retrospectivo-introspectivo, en que la narradora-protagonista va desgranando sus memorias, desnudando su intimidad y confesando sus secretos, refleja una vena feminista cristalizada en una pujante conciencia de género, impulsada, en primer lugar, por la acuciante necesidad de satisfacer sus propios

deseos —«¿En qué momento empezó a ser primero la comida de los otros que mis ganas de correr a caballo?», se pregunta en determinado momento la protagonista (XVIII)—, y vertebrada, por otro lado, por la voluntad de autoafirmarse, por erigirse, con su intimidad, sus propios pensamientos, anhelos, necesidades y derechos, en centro de su microcosmos.

Tener una casa menos grande, en el mar, cerca de las olas,

en la que mande yo, en la que nadie me pida, ni me ordene, ni me critique. [...] Una casa en la que pueda darme el gusto de recordar cosas buenas (VII). Cuántas cosas ya no tendría que hacer. [...] Cuántas cosas haría... (XXVI),

era el mayor anhelo palpitante de la que fuera la legítima esposa y heredera universal del Gobernador de Puebla. Y a raíz de éste, con el final del capítulo VII, donde Catalina mantiene sus «piernas bien cerradas por primera vez», se inicia una resistencia conducente a una progresiva toma de poder a la inversa: desde el interior hacia el exterior. Dicho de otro modo, «desde la trastienda» del poder (*cf* Saïd Sabia, 2006), a la que por tradición estaban relegadas las mujeres, la señora de Ascencio aprenderá a manejar desde la alcoba privada una tramoya similar a la que sustenta la política pública. Así, ésta irá cerrando y abriendo la puerta erótica en momentos clave de la trama<sup>5</sup>, con lo cual irá abriéndose, asimismo, puerta tras puerta en el escenario público, hasta terminar por desbancar del poder a su marido y pasar a asumir ella el control de su propia vida.

Mandé abrir una puerta entre nuestra recámara y la de junto y me cambié pretextando que necesitaba espacio.

---

<sup>5</sup>Atiéndase, por ejemplo, a este respecto, al hecho de que el trueque del Mapache a cambio de que Andrés desvinculara a su padre de sus negocios turbios Catalina lo concierta en la cama (v. cap. VI).

A veces dormía con la puerta cerrada. Andrés nunca me pidió que la abriera. Cuando estaba abierta, él iba a dormir a mi cama. (XIII)

Huelga recordar, sin embargo, que esta “habitación propia”<sup>6</sup>, con que la Gobernadora se hace, será tan sólo el primer paso de los muchos que dará, puesto que, como ya hemos destacado, el recóndito propósito del personaje que nos ocupa es llegar a adueñarse de todas las “habitaciones” de su vida para poder “amueblarlas” según sus gustos, valores y necesidades más íntimas, fruto de una identidad acabada. Catalina reclama, por ende, la totalidad, y se la ganará a pulso, haciéndose merecedora de la confianza de su general. En este sentido, lo que realmente da fe de ello es que el propio Andrés no mate a Catalina, como a otras tantas mujeres que osaran desafiarlo, sino que, todo lo contrario, le dé cuerda, aceptando sus mini chantajes y caprichos, y llegando incluso a tolerar el libertinaje femenino, manifiesto en sus aventuras extraconyugales, aun cuando las considerara privilegios exclusivamente masculinos, tal y como lo hemos puntualizado *supra*.

Ahora bien, a fin de conseguir la ansiada libertad oficial, la protagonista de *Arráncame la vida*, a su vez al mando de un ejército de sirvientes, quien en las cenas mostraba más interés por las conversaciones de los hombres que por las “pláticas” de las mujeres sobre «partos, sirvientas y peinados», que habría disfrutado sobremanera usando una pistola bajo el vestido (VI) y quien, por último, hubiera preferido más bien, según su propia confesión:

ser amante de Andrés. Esperarlo metida en batas de seda y zapatillas brillantes, usar el dinero justo para lo

---

<sup>6</sup> Entiéndase con ello la totalidad de los significados circunscritos al sintagma woolfiano (2008).

que se me antojara, dormir hasta tardísimo en las mañanas, librarme de la Beneficencia Pública y el gesto de primera dama.[...] Ellas sólo conocían la parte inteligente y simpática de Andrés... (idem),

a tener que lidiar con las partes negativas, desagradables y las responsabilidades que un matrimonio acarrea, tiene que ingeniárselas en el acto como una auténtica pícara. Y, a este respecto, los guiños autorales a héroes picarescos consagrados, entreverados en los dos apellidos de esta novedosa protagonista novelesca, le dan bastante realce a la evolución femenina socialmente pautada por una parte, a la par que auto-determinada a raíz de su herencia biológica, por otra parte. Así, el matrimonio sumerge y obliga a la ingenua quinceañera, que no sabía ni «montar, ni guisar, ni coger», a moverse en el ambiente de poder, lujo y corrupción reinante en el México de la sazón, y, con ello, la somete a un proceso de aprendizaje de los requisitos imprescindibles — modales, afectos, usos y costumbres correctos— para una esposa, madre y Primera Dama mexicana, por una parte, y la adquisición de destrezas masculinas, encaminadas a hacerle un hueco en ese mundo liderado por hombres y hacer constar su superioridad y valía personal, por otra parte.

Un dicho popular reza que, si bien el hombre es la cabeza, la mujer es el cuello. Pues bien, a la luz de lo sobredicho, Catalina será, efectivamente, el cuello de Andrés, la mujer a la que éste regresará una y otra vez después de sus donjuanadas, por ser ésta su asidero, su inspiración, la garantía de su estabilidad, pero, sobre todo, el puntal que sostenga y confirme su poderío. Por lo mismo, el sexto sentido femenino que impulsara a Catalina, por ejemplo, a desfilar de súbito por el pueblo junto con sus hijas vestidas todas de huipiles blancos prestados en Coetzalan hasta conseguir tres veces más público que presenciase el discurso electoral del que habían logrado reunir los organizadores de la gira o, que en otra ocasión la moviera a dejarse hasta los aretes de perlas que llevaba

puestos en un acto público de caridad del que estaba encargado el Comité de Damas del país, por un lado la erigirá en “lazarillo”, convirtiéndola en el instrumento que más contribuya al ascenso y afianzamiento del poder político de su marido. Por otro lado, sin embargo, conociendo ya el percal, aprendida la gramática parda, adiestrada en el arte del disimulo y la diplomacia, curada de espantos, en una palabra: aguerrida, la ducha esgrimidora de gestos, miradas y palabras en la que hacia el final de la novela el lector encuentra convertida a la esposa del asesor presidencial de México, evolucionará hasta tal grado que acabará superando a su maestro y “amo”, no sólo utilizando los mismos métodos, sino poniendo en sus propias manos las armas de su derrota. En otras palabras, habiendo aprendido a sentir más y mejor, a medida que el instinto vital de Catalina crezca hasta tomarse en espina dorsal de su feminidad, el “cuello” tendrá que ir torciéndose paulatinamente al capricho del deseo propio hasta criar su propia cabeza. Consecuentemente, nuestra “lazarillo”, quien, aun cuando le sirviera de guía, hasta determinado punto no había visto sino a través de los ojos de Andrés, de pronto abrirá los ojos y, convertida en “buscona”, se dará a la búsqueda de nuevas vías para mejorar su suerte y “ascender” —nunca mejor dicho—, desbancando al general Ascencio del gobierno de su vida sin arrepentimiento guzmanciano alguno.

Concretando: de doña Nadie a esposa, ama de casa, jineta, conductora, madre, madrastra, esposa engañada, esposa adúltera, secretaria, representante, apoderada, viuda, legítima heredera universal y escritora. Las susodichas serían las estampas de la feminidad correspondientes a las progresivas tomas de conciencia y cambios de óptica que se van superponiendo y fundiendo a lo largo de la novela en Catalina Guzmán de Ascencio de una manera perfectamente equiparable, según nuestro criterio, a la evolución trifásica de la identidad cultural femenina teorizada por Elaine Showalter (1985).

Para empezar, cabe señalar que, aun cuando la académica estadounidense —que integra la así llamada *Segunda ola del*

*feminismo* junto con Simone de Beauvoir, Betty Friedan, Kate Millett y Germaine Greer— haya articulado su teoría en torno a la literatura escrita por mujeres dentro de la tradición literaria inglesa a lo largo de la historia, la categorización que ésta hace de la misma nos parece perfectamente aplicable a y sumamente apropiada para deslindar los fenómenos e identificar las vueltas de tuerca que se dan en la psicodinámica del personaje mastrettiano que nos ocupa.

Así pues, la primera de las tres etapas que puentean entre la espiritualidad femenina, de carácter tradicional e imitativo, supeditada por completo al centro masculino, y la ginocrítica, creativa y dinámica por definición, sería la *fase femenina*<sup>7</sup> (1840-1880), concebida como el punto de arranque evolutivo, cuando las mujeres empiezan a percatarse de su condición periférica, marginada, y, como tal, empiezan a hacer sus pinitos rumbo al centro. Viene al caso subrayar, sin embargo, que este movimiento aparentemente centrípeto, de hecho, conlleva uno centrífugo, ya que el avance que se persigue se logra a base de la *imitación* de los modelos masculinos prevalentes y la *internalización* de sus estándares sociales, lo cual no hace más que alejar en gran medida a las mujeres en cuestión de lo que realmente es su esencia natural femenina.

Por oposición, en el marco de la segunda etapa, denominada *fase feminista*<sup>8</sup> (moderna; 1880-1920), la *exploración* y *búsqueda* de la identidad propia da pie al *distanciamiento* y a la *protesta* en contra de los principios axiológicos que regían la primera fase, a lo que se suma la *defensa* de los derechos y valores “menores”, así como la *demanda de autonomía* y *lucha* por la *dignificación* de la condición femenina a través de acciones encaminadas a suplantarse a las autoridades masculinas.

Finalmente, la así denominada *fase de la Mujer*<sup>9</sup> (posmoderna; que abarca desde 1920 hasta nuestros días, con otro

---

<sup>7</sup> En. *the feminine stage*.

<sup>8</sup> En. *the feminist stage*.

<sup>9</sup> En. *the female stage*.



giro en 1960), consta de un proceso de *creación* y expresión libre de la identidad femenina emancipada y legitimada desde su propio centro, con el cetro vivencial firmemente empuñado.

En resolución, mirando la trayectoria vital de Catalina Guzmán de Ascencio bajo este prisma teórico, salvando los desfases temporales consustancialmente hispanoamericanos, puede apreciarse fácilmente que en ésta vienen concatenadas todas y cada una de las fases evolutivas recogidas en la teoría de Showalter. Por consiguiente, de acuerdo a la tesis que avanzamos, si bien a galope, quemando etapas, o bien estancada en su inercia o confusión, y paralelamente volviendo sobre sus pasos, a veces con aciertos y otras con traspiés, el recorrido existencial de Catalina, con sus altibajos anímicos, vaivenes emocionales y titubeos ideológicos presididos por su acusado talante bravío, reconstruye cabalmente el tríptico evolutivo al que apunta la teórica estadounidense (véase Fig. 1), cuya última fase viene plasmada, en vistas del artilugio narrativo empleado, precisamente en el libro —analizable a nivel metadieгético— mediante el cual la protagonista se da a conocer y que, suponemos, la misma ha escrito.

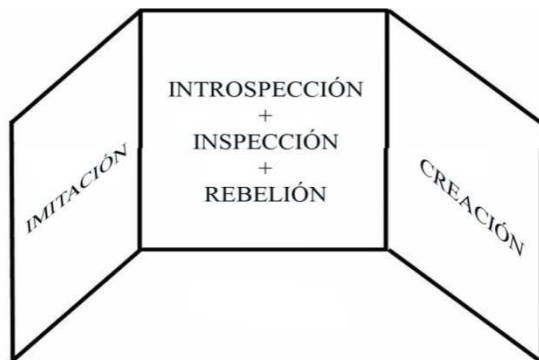


Fig.1

Como tal, recreando de forma alegórica no sólo el destino de la mujer mexicana, sino el devenir histórico de su país y, por extensión, de toda Hispanoamérica (*cf* Rozanska, 2011: 5),

deslumbrada como antaño Moctezuma por el que creía un dios, frente al que inicialmente asume un estado de primitiva sumisión, seguido de una osadía emuladora, la desencantada Catalina, quien habrá contribuido, además, a guisa de una rediviva Malinche a reforzar el vínculo del General con el pueblo, finalmente repudiará y traicionará a su “conquistador”, volviéndose autócrata, una vez al tanto de que, por ejemplo, los actos de beneficencia pública al encargo del Estado en realidad no estuvieran destinados al bienestar colectivo, sino a redundar en beneficio del régimen caciquil y a parapetar sus crímenes y desmanes. Dicho de otro modo, llegado el momento, la atracción que anteriormente moviera a la avispada Catalina a volverse una “esponja” deseosa de “aprender a ser mujer”, afanada en imitar la eterna sonrisa y mirada de Eulalia —la primera esposa de Andrés—, cuya memoria veneraba y, como tal, en encajar en el orden aceptado, cumpliendo con los deberes y asimilando todos los patrones de conducta conyugal, doméstica y maternal asentados por la tradición, acabará dando paso al lamento y, finalmente, se tornará en rechazo.

En un primer momento se tratará del rechazo al modelo de mujer abnegada, que antepone a la familia los propios deseos y vive encorsetada por el deber de autocensurarse, de reprimir sus impulsos y deseos con tal de complacer a su esposo idolatrado. Posteriormente, sin embargo, con la introspección secundando la inspección cuasi detectivesca que la Gobernadora, impelida por el «duro cierzo invernal» de la duda, emprende a fin de comprobar la veracidad de los rumores y las «quejas del arrabal»<sup>10</sup> que le llegaban sobre los negocios sucios y las cacicadas del General, se irá abriendo un abismo entre los dos cónyuges. Por lo tanto, el rechazo de Catalina se extenderá también a la persona de Andrés hasta convertirse en rebelión subrepticia o manifiesta en contra de su autoridad. No obstante, para concretarla, poder imponer sus propios deseos y opiniones, y llegar a ser de las únicas en sostenerle la mirada, la única en engañar y, finalmente, en eliminar al cacique poblano, nuestra protagonista irá haciendo suyas algunas maneras varoniles de dirimir los asuntos, haciendo de la inteligencia propia su mejor baza para ganar. En fe de ello, la señora de

---

<sup>10</sup> Véase *Arráncame la vida*, el bolero epónimo de la novela.

Ascencio irá alternando *sense* y *sensibility* como genuino malabarista, ora valiéndose de sus armas y encantos femeninos, esto es, volviéndose a ratos inabordable, por el contrario, irresistiblemente sensual o enternecedoramente sentimental, ora logrando que el General transija, rendido ante sus desenfadadas ocurrencias.

Visto lo visto, en el personaje femenino que tenemos en el punto de mira parecen darse la mano tanto fuerzas creadoras como destructoras. Pero precisamente las luces y sombras que van cobrando relieve en nuestra protagonista ponen al desnudo un personaje redondo, una mujer que evoluciona bastante cualitativamente a lo largo de la novela, pero que al final seguirá siendo más mujer que madre y más niña que mujer. Una niña a la que le habían arrancado y deshojado los azahares de su castidad y, en repetidas ocasiones, trozos de la vida, razón por la cual terminará convirtiéndose ella misma en una *arrancavidas*. En la misma medida, la “chingada” a la que le habían «jodido la vida» (XXV) se volverá “chingona”, el Nuevo Mundo, antaño conquistado, se empeñará, pues, en renegar del Viejo Mundo que lo “civilizará” y todo por “reconquistarse”. Enfatizamos, sin embargo, que dicha supuesta “civilización” en el fondo resulta ser tan falsa y enajenante como la que Leandro Fernández de Moratín denunciara centurias atrás<sup>11</sup>. En este sentido, un tanto a contrapelo del precepto existencialista a tenor del cual «la existencia precede la esencia», en nuestro caso, la esencia de esta niña obligada a madurar en un ambiente de corrupción, quien había tenido que adaptarse renunciando a sus propios deseos a cambio de garantizar el confort masculino, adoptando elementos exógenos, ajenos a su verdadera naturaleza con vistas a imponerla y volviéndose *adúltera* en la adultez para darle cauce temporal al margen del ámbito conyugal, ha sido *adulterada* desde el principio.

En dicho sentido, al pendular, como antaño madame Bovary, entre lo masculino y lo femenino, cayendo, cuando no en

---

<sup>11</sup> Véase *El sí de las niñas* (1806).

un extremo, en el otro, hasta llegar a la consecución y afirmación de su propia identidad según los imperativos de su voluntad soberana, Catalina atraviesa, asimismo, los estadios de identidad teorizados por Marcia (*apud* Coleman, 1999: 71)<sup>12</sup>, partiendo de la *hipoteca de la identidad*, cuando las metas y creencias con las que la figura femenina se compromete —aquí, ser esposa, madre, madrastra, ama de casa, cocinera, secretaria, en suma, “ejecutiva” confinada a la trastienda del poder— vienen dictadas por terceros, pasando por la *moratoria*, que abarca el periodo durante el cual ésta va dejando de ser el reflejo de la voluntad masculina para espejear la propia, probando alternativas —jineta, conductora, “benefactora”, esposa adúltera etc.— y pavimentando su camino hacia la asunción del poder *de facto*. Pero lo que hay que destacar es que, una vez de timonel, la crisis no zanja, porque la viuda de Ascencio termina encallada en medio de una identidad asumida, sí, mas aún *difusa*, precisamente por no estar comprometida con otra cosa que no fuera su propio yo. En resolución, aquella niña, que había tenido que madurar, asumiendo responsabilidades y dejándose moldear por otros demasiado temprano, no tarda en romper moldes, quedando libre de amarras, pero también carente de brújula, de vocación, sin saber exactamente qué quiere de verdad, aunque, esto sí, sabiendo a ciencia cierta lo que no quiere.

De todo lo expuesto *supra* se infiere, pues, que debajo de la independencia recién ganada por la Gobernadora, afloran aquellas “raíces torcidas”, tan atinadamente diagnosticadas por Carlos Alberto Montaner (2001), que dejan a ésta en vilo, lo mismo que a la Eréndira garciamarquiana o la Urania vargasllosiana. No obstante, inerte o galopante, fluctuando entre el miedo y el tedio, la desenfrenada gana y la recrudesciente desgana, curtida y anestesiada hacia finales de la novela, Catalina sacará a relucir su veta

---

<sup>12</sup> La teoría de James Marcia (1966, 1980, 1993) se cimenta en las dimensiones conceptuales de *crisis* y *compromiso* sobre las que Erik Erikson había fundado su propia teoría en torno a la psicopatología de la identidad adolescente.

maquiavélica, fomentada por su propio marido, en cuyas manos pondrá, sin tocarse el corazón ni mancharse las manos, exactamente a su imagen y semejanza, la infusión de limón negro, el arma de su propia destrucción.

No obstante, la renuncia temporal a la moralidad, que entraña la solución por la que esta Eva cotidiana se decanta con el fin de emanciparse de una buena vez y poder comerse a mordiscos la manzana entera del tan apetecido poder sobre su vida, por paradójico que parezca, en parte también se hace a raíz de una resiliencia moral. En dicho sentido, a diferencia de sus predecesoras literarias adúlteras, Catalina no se suicida, sino que mata; esto es, se deja cambiar hasta cierto punto, pero al final es ella quien cambia su circunstancia. En otras palabras, Catalina mata, y con ello se pervierte —¿qué duda cabe?—, pero en gran parte lo hace para autoconservarse. Desde este punto de vista, la simbología onomástica que encierra el nombre de pila que Mastretta escogió para su protagonista apunta precisamente en esta dirección y se vincula, además, con la teoría rousseauiana del buen salvaje, pues el nombre griego “Katarina” se remontaría a *katharós* (= ‘puro’, ‘limpio’)<sup>13</sup>. Por otro lado, el nombre se relaciona también con Hécate, la diosa ctónica de las encrucijadas, la muerte y la hechicería, popular en la época moderna en el marco de religiones neopaganas de inspiración feminista por las pócimas que hacía con sus plantas consagradas, que en ciertas dosis salvaban, otorgando sabiduría, pero a la larga podían ser letales<sup>14</sup>.

---

<sup>13</sup> Cf *Chambers English Dictionary*, Edinburgh, W&R Chambers Ltd, 1990, pág. 1775a.

<sup>14</sup> Repárese, en este sentido, en el gran parecido que los atributos de la diosa y, en especial, el último destacado, guardan con la causa de la muerte de Andrés Ascencio, ya que, adrede o no, su esposa no le advierte sobre el peligro que la fitoterapia a base de té de limón negro supone a largo plazo.

Dicho esto, en la línea de la “gobernadora” preolímpica de los puntos liminares, antes de detenerse en el umbral del feminismo propiamente dicho, la Primera Dama poblana salida de la pluma mastrettiana habrá recorrido varios puntos fronterizos entre: el solaz y lo salaz, naturaleza y cultura, insensibilidad e hipersensibilidad, abulia y celo, ansia y apatía, laxitud e intransigencia, moralidad e inmoralidad en su conjunto. A la vista está, pues, que, como todo prototipo hispanoamericano, la adúltera de Ángeles Mastretta es un personaje híbrido. Ahora bien, los senderos que ésta escoge en las encrucijadas morales que encuentra a su paso, por poco ortodoxos que a veces resulten, apuntan hacia el deseo de la protagonista de recuperar lo perdido sobre la marcha —«miraba [el mar] tratando de recuperar algo» (XXIII)—, de dar con su fibra moral pura, auténtica, y conservarla. En vista de ello, los zigzagueos ideológicos, rebrotes de nostalgia, raptos de frenesí, arrebatos de ira o, por lo contrario, rachas de reverenda flojera y ramalazos de indolencia, ostensibles en una mujer aventurera, activa, que primeramente introyecta para después aprender a proyectarse, creativamente, en su forma quintaesenciada, pulida, trazan una línea evolutiva inédita, jalonada de mutaciones psíquicas, pero dimanantes del estoicismo sustentado por su voluntad diamantina.

Sintetizando, en un desierto de irresponsabilidad, rapacidad, venalidad y egoísmo, la totalidad de los rasgos que se hallan condensados en Catalina la convierten en un oasis o, por así decirlo, en una de las pocas islas de conciencia femenina del siglo XX. Así, en una época cuando educar a la mujer, esa «fiera doméstica, lujuriosa y pecadora de nacimiento, a quien hay que someter con el palo y conducir con el “freno de la religión”» —según Octavio Paz (1992: 17)—, aún consistía en limitarla, torciéndole sus “raíces” para dejarla convertida en el retablo de las tres eses de la feminidad postuladas por Schurz, a saber: «sacrificada, sufrida y sumisa» (1961, *apud* Rozanska, 2011),

Catalina Guzmán de Ascencio logra ensanchar y refinar su horizonte cultural<sup>15</sup> hasta despojarse de todo sentimiento de culpa autoinducido, así como de la sensación de debilidad y dependencia que se les suele inculcar a las niñas. En otras palabras, la señora de Ascencio no se dejar sofocar por la maleza, sino que se empeña en desarraigarse del malsano matorral en donde la habían plantado y trepa por el espinoso tallo del poder para cultivar la flor de su libertad lejos del cardenchal del desamor y la corrupción.

Pues bien, todo lo expuesto hasta ahora arguye a favor del hecho de que el peculiar camino del ocio al oficio que emprende Catalina Guzmán de Ascencio y las flores del egoísmo, la ecuanimidad y la insumisión que en él van brotando sobre la marcha, alejan notablemente a la adúltera mexicana de la abnegada Margarita Gautier, que se marchita en su dolor, desilusión e impotencia. Catalina, en cambio, quien aprende a cocinar, pero descubre a tiempo —a imagen y semejanza de Emma Bovary— que en realidad no estaba hecha para «remendar calcetines» ni «sacarles la basurita a los frijoles» (I), irá sacudiéndose gradualmente el letargo y hasta algunos grilletes del pudor, decoro y compromiso que encadenaban a otras cuantas de sus antecesoras librescas, de tal forma que, después de pasar «cinco años entre la cocina, la chichi y los pañales»<sup>16</sup> (V), la «bonita, dulce, impecable» (VI) anfitriona y organizadora de banquetes, aquella sanguíneo-colérica adiestrada en el arte del disimulo y del autodomínio hasta el punto de no inmutarse ni

---

<sup>15</sup> Sirvan como botón de muestra a este respecto, entre otros, los modismos verbales esgrimidos por la protagonista en el capítulo XVII: «Me están diciendo que hace doce años *vivo con Jack el destripador* y quieres que me quede ahí acostada, ¿quieres que *sonría como la Mona Lisa?*».

<sup>16</sup> Notable variante autóctona para el cuarteto de ámbitos a los que estaban confinadas las mujeres: de *Kirche, Küche, Kinder und Kammer*, en términos de Gisela Bock (2002: 139-140).

siquiera al recibir un naranjazo contra su falda de gasa clara (IX), en el camino se desnudará tanto de miedo, como de tedio, “se pondrá los pantalones”, montará en un desparpajo y denuedo rampantes e irá arrancándose uno a uno los pétalos del deber conyugal, materno y hasta cristiano.

Como tal, Catalina aprende a moverse como pez o, mejor dicho, como “sirena” en un océano prosaico, desechando a ratos su vena naciente de aristocracia amorosa y anhelo de afinidad espiritual. Con quince años, Catalina se convierte en la esposa del Gobernador sabiendo ya que tarde o temprano todo acabaría «en el cansancio de todos los días durmiendo y amaneciendo con la misma barriga junto». Por tanto, la flecha de Cupido la une a un general, un director de orquesta, un director de cine y, finalmente, —¿quién quita?—, a Martín Cienfuegos —el contracandidato de su difunto esposo—, en quien piensa a la hora de arreglarse y escoger su vestido para el entierro. Ateniéndonos, de momento, solamente a esta parte del listado de figuras masculinas que embelesan a nuestra protagonista por lo menos en una primera fase, tal parece que Marcelo Fuentes (2004) no podía estar más cerca de la verdad al tildar a la protagonista de *ALV* de «enamorada del poder». Y es que en verdad Catalina parece estar atraída, no por hombres necesariamente autoritarios, sino por hombres que encarnan el poder, capaces de imponer silencio y respeto, como si fueran dioses, y de levantar tormentas de aplausos en cuestión de segundos. Desde este punto de vista, ella cambia las fascinantes manos grandes y la férula de Andrés por la batuta de Carlos, que supera a las anteriores, y, luego, por las manos de Alonso Quijano, que, si bien eran perfectas para abrazar a Catalina, eran pésimas dirigiendo una película...

En este sentido, como las “medias naranjas”, que Catalina cree encontrar, resultan ser más bien sus “medios limones”, antes de deshacerse de su principal «dolor de cabeza» (XXII) mediante el té de limón negro —¡menuda ironía!— y convertir su tálamo en túmulo, el personaje femenino, que tanto ha llamado nuestra



atención, quedará hecho una «toronja podrida»<sup>17</sup> al echar por el atajo poco moral del adulterio a fin de llegar a la propia satisfacción. Según Apuleyo, «el primer vaso corresponde a la sed, el segundo, a la alegría, el tercero, al placer, el cuarto, a la insensatez». Y, en definitiva, Catalina se bebe a lo bovárico, a pico de jarro, los cuatro vasos del adulterio. Una vez que Andrés desencadenara su libido y la terminara de iniciar la gitana del barrio de La Luz, el «timbre» (I) se le vuelve a Catalina, como bien señala Chávez Alfaro (2013: 92), el principal «lugar de encuentro consigo y con otros». Pero la pulsión erótica, una vez activada, aflora en arrebatos y se vuelve avasalladora, con lo cual la “yegua” brava, desbocada, queda bastante a merced del potro indómito o toro desmandado del deseo. En lo que a esto se refiere, si bien su primera aventura con su amigo de la infancia, Pablo, el lechero, le vino dictada por la necesidad de calmar su ansiedad de embarazada, hacia Fernando Arizmendi la mueven su concupiscencia, por un lado, y el aburrimiento, por otro lado. Muerto su padre, sin embargo, su congeniación con Carlos Vives, su ideal de penetración anímica con un alma consonante a la suya, sumados al vacío existencial, a la sensación de desvalimiento, así como a la necesidad de compañía, la impulsarán a querer vivir plenamente<sup>18</sup> después de tantos años desviviéndose en un estado de subordinación marital. No obstante, muerto Carlos, entre las fugitivas siestas echadas con Andrés, el «único amor posible» (XII) al fin y al cabo, al que regresaría «como quien visita a su abuelo» (XXIII), la apatía que la embarga la mueve a darse alguna que otra escapadita a la cama del mediocre y fracasado quijote, el cineasta Alonso Quijano, quien, sin embargo, demostrará tener más integridad que ella al ponerle

---

<sup>17</sup> Cf Juan Ruiz (Arcipreste de Hita), *Libro de Buen Amor*, Madrid, Castalia Ediciones, 1987.

<sup>18</sup> Atiéndase, en este sentido, al simbolismo onomástico que encierra el apellido del director de orquesta.

punto final a la relación y, con ello, a aquel degradante guion. Por consiguiente, sentido común y moralidad aparte, muerto Carlos, si ésta vuelve a compartir la cama con su presunto asesino, además de mariposear como una casquivana Dulcinea por la cama de Quijano, ello se debe en parte a la inercia y al deseo de mitigar su soledad.

Después de todo, el adulterio, como desfogue, resulta ser un mal vino con el que Catalina consigue aplacar temporalmente su sed, pero que, a cambio, la envilece, dejándola “ebria”, descarrilada, liviana, con la moralidad atrofiada, pero con la sensibilidad incrementada al extremo de frisar la homosexualidad. En lo atinente a ello, tal y como se deduce del fragmento que citaremos a continuación, nos inclinamos a pensar que en la complicidad y cercanía física, que las dos amigas entablan a raíz de la confesión del secreto de la Gobernadora, se transparenta un leve instinto lésbico:

Nos habíamos salido de los temazcales y nos secábamos **una frente a otra** con las caras y las **bocas tan próximas que a veces se rozaban**. **Andrea era preciosa**. Así, sin pintura, **sudando, ávida**<sup>19</sup> de mi chisme y acompañándome en el miedo que le iba yo pasando mientras le contaba todo desde las escaleras de Bellas Artes y la cena en Prendes, hasta el día que conocí su casa y la fui haciendo mía. Todo: las caminatas por el zócalo, las meriendas, las tardes en el cine, las noches de concierto, las madrugadas corriendo a meterme en mi cama eufórica y aterrada. (XVII)

Como se desprende, pues, de lo anteriormente planteado, en esta novela «telúrica»<sup>20</sup>, el hedonismo, esto es, lo ctónico, se transforma en la seña de identidad de la menos atribulada que

---

<sup>19</sup> El subrayado es nuestro.

<sup>20</sup> Distintivo aplicable, a tenor de Francisc Păcurariu (1975), a la literatura hispanoamericana en su conjunto.

atrabiliaria Catalina, quien pendula entre *need* y *greed*, entre *Liebe* y *Lust*, con una acusada propensión más bien hacia lo último, manifiesta, además, en la presencia de la naranja como *leitmotiv*. En dicho sentido, el fruto de la promesa que Cortés trajera a México, con la carga connotativa<sup>21</sup> de pasión, fecundidad, infidelidad, lujuria que el símbolo encierra en las hipóstasis en las que aparece: jugo de naranja acompañando el desayuno, naranja con chile, sol anaranjado etc., podría remitir también a dicha dosis de lujuria báquica patente en la Gobernadora. Por lo tanto, Catalina se hace templo del amor carnal. No obstante, entre las llamaradas dionisiacas, «rojas» del erotismo, es decir del placer cuantitativo, el lector puede vislumbrar por lo menos una chispa de la así llamada por Octavio Paz (1997) «llama azul» del amor metafísico. En dicho sentido, atendiendo al hecho de que Catalina se vuelve infiel «mucho antes de tocar a Vives» (XIV), el arte y, concretamente, la música, con su dimensión catártica primordial, cobra particular relieve dentro del *ars amandi* de Catalina Guzmán de Ascencio. Así, más allá de los valores del bolero<sup>22</sup>, es con la música sinfónica, que se hacía eco de la queja interior de la protagonista, a la vez que contrarrestaba su propia desgracia, como *Kunstgenuss*<sup>23</sup> y *Kunstverständnis*<sup>24</sup> se hacen patentes en Catalina, poniendo al desnudo la vertiente apolínea del amor, así como la dimensión cualitativa, superior del placer.

Mas esta compenetración y afinidad compartida por el vuelo elevado, a la vez que irracional, del amor en alas de la música no será lo único que una a Catalina y a Carlos. Sentada ésta en el palco del teatro, en el escenario, bajo la batuta de Carlos

---

<sup>21</sup> Cf Chevalier & Gheerbrant, *Diccionario de simboluri*, III, 1993, 121b-122a.

<sup>22</sup> Primorosamente desentrañados por estudiosos como Ida Hermansson (*Música que enuncia, anuncia y denuncia en ALV*), Marcelo Fuentes (*op. cit.*), en los que no cabe detenernos ahora.

<sup>23</sup> De. 'placer estético'.

<sup>24</sup> De. 'comprensión del arte'; 'entendimiento en materia de arte'.

«toda la orquesta era» su «papá silbando en las mañanas» la canción *Cielito lindo*. Por lo tanto, más que nada, sin embargo, el parecido físico, la semejanza —¿real o imaginada?— de la sonrisa de Carlos a la de don Marcos y toda la filosofía vital que ésta encerraba, creará un vínculo orgánico entre los dos. En consecuencia, si bien la muerte del madrugador don Marcos será un parteaguas en la vida de su hija, determinándola a aferrarse a Andrés en busca de su alentadora compañía y protección, la muerte de Carlos provocará otro sesgo en la psicología femenina, ya que con éste Catalina parece enterrar su propia capacidad de amar.

Partiendo de lo anteriormente señalado, osamos aventurar la hipótesis de que, entre los múltiples resortes del adulterio anidados en las entretelas anímicas del personaje mastrettiano que hemos venido desgranando a lo largo de este trabajo, el que más peso tiene sería el *complejo de Electra*. En lo concerniente a esto, por un lado será la ausencia física del padre o bien la del esposo-padre, y, por otro, la similitud que la figura masculina guarde con la autoridad paterna, la que determine a esta “malquerida” a venerar o bien aborrecer, a sentirse atraída o no, y, finalmente, a buscar otras vías de compensación. Desde este punto de vista, hasta el capítulo XXIII, donde el cambio es notorio desde la primera línea —«Sin decidirlo me volví distinta.»—, la trayectoria novelesca de la Catín del general es perfectamente enmarcable dentro de la fase evolutiva «libertad vs. seguridad» que Erich Fromm establece en su teoría de la personalidad. En otras palabras, para Catalina el mejor «novio» era su padre, al que no tenía que organizarle cenas para sus amigos, como hacía para su marido, ni aguantarle sus desplantes. Por tanto, la despreocupación parece ser el estado edénico que la protagonista pasará toda su juventud añorando —«me gustaba besar a mi papá y sentir que tenía ocho años, un agujero en el calcetín, zapatos rojos y un moño en cada trenza» (I)—, sumida en un estado de dependencia más o menos ostensible, anhelando ser apreciada e incluso buscando una confirmación incluso para sus primeros conatos

independentistas<sup>25</sup>. Pero no será hasta el momento en que en su mente germine la intención real del conyugicidio que la insuficiencia se le convierta en autosuficiencia.

Habida cuenta de ello, pasado un tiempo desde la muerte de Carlos y apagado el rescoldo de amor hacia su charro, la desafiante, responzona, mandona niña —que se había ganado, a fuerza de calzar las espuelas del brío, el voluntarismo, la intrepidez e inteligencia, el respeto y el amor de su marido hasta el grado de que éste le perdonara la vida y consintiera sus aventuras extraconyugales—, fogueada e insensibilizada a tal grado en la prosa reinante en su adultez, no dudará en sacudir el yugo que antaño le sirviera de “cordón umbilical” para matar, dejando sentada con ello toda una proeza política: el tiranicidio. No obstante, las consecuencias de ello revisten más importancia a nivel personal que a nivel estatal, o, mejor dicho, tendrán más relevancia a nivel de política privada, pues, con la viudez, Catalina asumirá el gobierno de su propia vida. Dicho de otro modo, en virtud de un genuino movimiento ajedrecístico, el alfil da jaque mate y se convierte en alferza, en reina.

Resumiendo, Eros, Tánatos y Cratos se trenzan en este tablero de ajedrez donde esta polifacética damisela siente, piensa, actúa, se doblega o se yergue a dominar, debatiéndose entre atracción y rechazo, entre el individualismo y la individualidad, entre la identificación y la sintonización con la alteridad masculina, el repudio de valores ajenos y la abdicación de los propios. Para dar un paso más, por una parte no se puede negar que la labor que la Gobernadora lleva a cabo como miembro del Comité de damas y Presidenta de la Beneficencia Pública, intentando hacer de “intercesora” ante su marido a favor del pueblo oprimido, en efecto le confiere un halo mariano. No obstante, cabe preguntarnos en qué medida la que anteriormente

---

<sup>25</sup> Resulta emblemática, en este sentido, la escena del capítulo V cuando Catalina decide cortarse el pelo.

fuera objeto del deseo masculino en verdad se hace instrumento de la justicia divina o del propio capricho y abusa a su vez, llevando al extremo su deseo. En este sentido, si bien hasta determinado momento cabía contemplar la posibilidad de exonerarla de culpas, pues el impulso de ofrecerle a Andrés la primera taza de té, que producirá su adicción, se prestaba a pasar por un atenuante dimanante de la piedad cristiana básica de querer aliviar una jaqueca pasajera o bien de acelerar y, de paso, hacer más llevadera una caída por lo demás inevitable, un deseo tan despiadado como el «ya muérete» que Catalina pronuncia (XXV), aunque para su capote, sobra para descartarla, pues da cuenta de una intención criminal a todas luces. No obstante, es pertinente destacar el hecho de que la actitud de Catalina, que deja de ser asimilable a un mero y venial pecado de omisión para convertirse en un pecado capital, transgresor del quinto mandamiento, no es más que el corolario, la materialización física, que da salida a la insurrección interna, de aquel «anhelo de agresión, la amenaza informada, inconsciente» (Llarena: 473) que venía trasluciéndose en el «ficticio asesinato» (*ibidem*), imaginario, concretado en los dos gestos de carácter simbólico-proléptico que la protagonista había hecho en dos ocasiones a mitad de la novela, a saber:

Me levanté de un brinco. Me vestí en segundos. Carlos estaba afuera y yo ahí de estúpida contemplando al oso dormir. -Adiós -dije bajito y fingí que sacaba de mi cinto un puñal y se lo enterraba de últimas, antes de irme. [...] -Niños, Carlos, vámonos. Ya estoy lista (XVIII), dije besándole la cabeza y tapándolo como si quisiera amortajarlo. (XVI)

De esta manera, concluye Saïd Sabia (2006), «se consuma una venganza nunca declarada, pero en el fondo deseada», de ahí que “La Chingada” (Paz: 1992), la que se había dejado tomar por

su conquistador, el objeto del abuso, la mujer avasallada que no se había convertido en “chivata”, sino, todo lo contrario, que había solapado hasta cierto grado a su “chivo”, se convierta, al verse abocada a la propia destrucción, en abogada de sus derechos, en fiscal y, finalmente, en verdugo de su propio marido, y quede hecha, en síntesis, una auténtica “chingona”. Quepa hacer hincapié, sin embargo, en el hecho de que la libertad conseguida de esta forma es una pseudolibertad, puesto que, si bien, por una parte, en forma de tiranicidio, el hecho en cuestión “redime” al pueblo, convirtiendo a su autora en “benefactora”, con ello, ésta se convierte, en cambio, a la vez en malhechora, pues el conyugicidio la condena moralmente. Como tal, ya que toda arma tiene doble filo, la autodestrucción femenina, cuyos comienzos se remontan a la educación enajenante que le fue impuesta en su juventud debido a su condición de mujer y, en especial, de Primera Dama, mellando su personalidad, culmina, en el último tramo de su trayectoria novelesca, con el suicidio moral que todo asesinato conlleva.

Para rematar el cuadro, mención aparte merece además el hecho de que, sin embargo, la libertad que Catalina cobra a partir del conyugicidio no se debe tanto a la presunta fortaleza anímica femenina, que la protagonista haya logrado construir a lo largo de la novela, cuanto a la suerte de que supiera aprovecharse de las debilidades de su marido, para quien el coraje y talante amazónico femeninos constituían el principal excitante y, por tanto, su talón de Aquiles.

Habida cuenta de todo lo sobredicho, queda comprobado, pues, que la autodestrucción, a la par que la reconstrucción de la identidad femenina comenzará una vez llevada a cabo, directa o indirectamente, la páfida destrucción de la detestada alteridad masculina. A lo largo de toda la novela, Catalina va polarizando fines, pivotando sobre uno u otro deseo, perdiendo los estribos, recuperándolos sobre la marcha de cara a su empresa final. Y, a pesar de que su decisión final redunde, tal y como habíamos señalado anteriormente, también en el bienestar colectivo, entre la *rendición* y la *redención*, la protagonista rechaza con rotundidad a

la primera, pero, aun así, nos guardamos el derecho de poner en tela de juicio el que realmente consiguiera a la segunda.

En fe de ello, desde las cenizas de viejos amores, en Catalina Guzmán de Ascencio resurge el fénix del bravío amor propio, movida por el cual ésta pisará sobre un cadáver más con tal de salir de su jaula y, en la estela de la viuda de *Cinco horas con Mario* o de la Molly Bloom joyceana, en el monólogo-diálogo del capítulo final, la reprimida ésta se desenmascara, haciendo constar que el amor oblativo, la castidad, la fidelidad, la coherencia, la contrición no forman parte de su ajuar axiológico en absoluto. De hecho, como «las tácticas de su levantamiento las aprendió de su opresor [...], el arrepentimiento redundante», apunta Bodevin (2003: 58). Así pues, incluso el hecho mismo de que, al final, esas ganas tuyas de que le «pasaran cosas» (I) queden reducidas al entrañable anhelo de paz y tranquilidad es una prueba fehaciente de que el concepto de *mediocritas aurea* definitivamente no es compatible con Catalina, quien, entre la gramática parda y la “gramática del deseo” había conjugado arranques compulsivos, el onanismo, la lujuria del adulterio y hasta el asesinato. Pasiva o hiperactiva, excesivamente indulgente o severa, moral o inmoral, laxa víctima o intransigente victimaria, acérrima Medea que de Penélope sólo tiene la astucia, confundida, titubeante a todas horas, esta dama errante yerra precisamente al cometer ella misma una cacicada, es decir, incurriendo, en el fondo, en el mismo error que se encargara de cobrarle a su opresor... Por ende, el complejo de inferioridad femenina que Catalina había resentido durante su adolescencia se transforma en complejo de superioridad, y, cómo no, la impotencia inicial desemboca en prepotencia... En pocas palabras, Catalina Guzmán de Ascencio es un caso emblemático de desequilibrio, de la incesante oscilación entre los extremos, sintomática para el México poscolonial y, *mutatis mutandis*, para toda Hispanoamérica, en la



que el desarraigo, el desnorte, en suma, la confusión axiológica sigue reinando aún en pleno siglo XXI.

Como broche final, Monique J. Lemaître saca a relucir «la coincidencia del paso de Catalina al institucionalizado mundo adulto (pérdida de la virginidad y ceremonia del matrimonio) con la institucionalización de la Revolución, exactamente en el mismo momento histórico: 1929-1930» (*apud* Sabia, *ibidem*), y, visto esto, la revolucionaria víctima que fuera Catalina —símbolo de la Patria, en términos alegóricos— no duda en colgarle a Andrés el sambenito de penado y castigarlo en consecuencia, cuando, en realidad, no cabe desdeñar, a nuestro juicio, el que la libertad de acción recién asumida por la víctima liberada, mal empleada además, por intentar superponerla sobre una herida colonial en sí irrestañable, prueba ser incluso más tiránica que el régimen caciquil cuya prisionera ésta había sido.

## Conclusiones

*La mujer parece carecer del sentido de justicia.  
El defecto de las mujeres es ser demasiado indulgentes  
o demasiado severas.*

(José María Mariátegui)

La minusvalía anímica endémica de Hispanoamérica radica, según Domingo Faustino Sarmiento y Eduardo Galeano, en «la falta supina de capacidad para gobernarse». Desde este punto de vista, el verdadero “autogobierno” de Catalina empieza en el campo mojado por la lluvia, que se explaya a sus pies después de haber tirado un puñado de tierra contra el ataúd de Andrés. Habiendo arrancado a su vez una vida, pero sin recuperar lo que a lo largo de la suya le habían arrebatado, la protagonista de *Arráncame la vida* queda libre, «divertida con» su «futuro»... No obstante, la polémica estriba en la interrogativa: ¿cuál futuro?

¿Un futuro de “cien años de soledad”, de viajes, quizá de aventuras al lado de otro cacique? o ¿acaso un futuro ganándose la vida como escritora?(!) Ángeles Mastretta misma confiesa en una entrevista el haber tenido que desechar los cuatro capítulos que había escrito con vistas a redondear la cifra hasta llegar a treinta precisamente por la dificultad que suponía, tras la muerte de Andrés, hacer creíble el personaje de una mujer cuya vida entera había girado en torno a su esposo.

¿Y es que acaso aquella talentosa “actriz” había llegado a conocerse entre las tantas apariencias que le había tocado desplegar para poder saber realmente lo que quería? Sin duda, Catalina llega a tener tal voz y voto entre los círculos mexicanos dentro de los que se movió que el mismísimo Andrés acabará buscando su confirmación —«todos los días antes de acostarnos me preguntaba si lo había hecho bien, si yo creía que la gente lo quería, si tenía éxito». Con todo y eso, nuestra firme convicción es que las cicatrices que el proceso le dejara la mantendrán en vilo, lastrando su posibilidad de encontrar un auténtico término medio o un puerto seguro.

En resumidas cuentas, con todo lo expuesto a lo largo de este trabajo, confiamos haber demostrado nuestra tesis según la cual Catalina Guzmán de Ascencio es un personaje femenino atípico, que lleva la voz cantante y abre una galería de nuevos prototipos literarios femeninos: mujeres osadas, fuertes, capaces de adaptarse y de manipular, a lo pícaro, actuando y arreglándose, si no con una fuerza equiparable a la varonil, por lo menos con una inteligencia refinada, un ingenio y una intuición superiores a las masculinas, para salirse con la suya y bien paradas.

En suma, hemos tomado el pulso de una mexicana *sui generis*, pisoteada, a ratos cansada, pero luchadora, imitativa y combativa a la vez, que había chapoteado en un lodazal de indolencia, surcado un mar de dudas, se había entregado a un oleaje de frenéticos deseos, nadando a contracorriente, y que al final acaba empapándose de la ciencia precisa para triunfar,

remando con la conciencia, la habilidad, la voluntad y el valor prometeicos.

Si «el mar parece mujer, no se calla nunca» (XXV), cuando el mar tan arbolado, personificado por la respondona Catalina, se calla, sin atraer ni, por lo contrario, rechazar, es que algo está tramando, y nada más edificante, en este sentido, que la forma en que la Gobernadora socava la autoridad de su marido con miras a una “alborada” autocrática para su propio mundo interior, así como exterior. Habiendo fondeado, pues, como todo lector, el universo interior de este singular personaje femenino, tal y como lo traslucen las páginas de esta novela, el final abierto de ésta nos deja un tanto desconcertados. ¿A dónde va a parar Catalina? Acaso, al soltar las amarras que le sirvieron tanto de lastre como de trampolín, de cadenas y alas, ¿zarpará hacia altamar rumbo a un buen puerto, se encallará otra vez precipitada en frívola disipación, embejucada en arranques de inconsciencia, perdida en lagunas de irresponsabilidad, flotando a la deriva o bien navegando de puerto en puerto con su propensión al *carpe diem* por faro? ¿O se quedará, en cambio, como nave surta en el puerto del individualismo estéril y de la soledad?

Llegados a este punto final, cabe matizar que, si bien Catalina no naufraga entre la *Escila del idealismo* y la *Caribdis del realismo*, como tampoco lo hace entre la *Escila de la tolerancia* y la *Caribdis de las frustraciones* teorizadas por Dámaso Alonso y Sigmund Freud, respectivamente —pues había aprendido que, tal y como había hecho constar Frida Kahlo, «amurallar el propio sufrimiento es arriesgarte a que te devore desde el interior», por lo cual al final descarga todas sus frustraciones cebándose en el que se las había causado—, el verse en «el estado ideal de la mujer» (XXVI), la viudez, y, como tal, darle rienda suelta a su voluntad sin más anclaje moral que el compromiso consigo misma, la hace correr el riesgo de caer otra vez en uno de los dos perniciosos extremos.

En fe de ello, el permanente desnorte, pese a su fibra moral bastante encepada que originó la ruptura matrimonial, así como el conflicto identitario aparentemente zanjado, sumados a una vulnerabilidad y labilidad consustanciales en Catalina, parecen justificar, a final de cuentas, la valoración que Marcelo Fuentes (2004) hace del destino de nuestra adúltera, al calificarlo de «melodrama del deseo». Ahora bien, Catalina está lejos de ser melodramática. Es más bien todo lo contrario. Aun así, lo que hace viable la interpretación de Fuentes es que el final feliz, luminoso, de la novela en realidad encierra la semilla de un drama que bebe del pasado, esto es, del caro precio que a Andrés le tocó pagar por su desmesura, y apunta hacia el futuro de la superviviente mujer con visos de antiheroína, libre de ataduras, pero sin asideros, quien, acabando con la alteridad masculina, cree haber recuperado su libertad y ventura, aunque no sabemos hasta qué punto también su identidad.

Para colofón, la dama de las camelias mexicana, en cuyas venas hemos incidido con el firme propósito de demostrar también el hecho de que, en parte, éstas se hacen las “venas abiertas de América Latina” entera y, por otra parte, sirven como invaluable muestra de análisis para la particular condición de la mujer hispanoamericana en concreto y la historia de la emancipación femenina en general, esa “hembra”, aun cuando ostente más temperamento que carácter y más voluntad que moralidad, termina por vencer a su “macho”, generando un cambio significativo en el imaginario social.

Así pues, concluyendo, entre el jugo de naranja que de niña se tomaba con religiosidad y el anís, el brandy o el coñac de naranja con los que la adulta se apaga o aviva las ansias, a Catalina Guzmán de Ascencio le ha tocado beberse hasta las heces la copa del amor y su almíbar, pero también ha podido saborear el acíbar y el agraz que entrañan el miedo, el tedio y el desamor. Por lo tanto, igualmente embriagada por el deseo erótico y

deslumbrada por el halo erotizante que envuelve el poder, la protagonista de *Arráncame la vida* ha sentido en carne propia tanto las punzadas gélidas e inhibitoras de la represión social como la agradable quemazón del desfogue catártico. Dicho de otra forma, en el trayecto del *querer hacer y ser* al *saber hacer*, la señora de Ascencio no yace pasiva, sino que actúa, con lo cual el acto mismo de enseñorearse de su vida, desprovisto de la febril ideología que posteriormente desarrollarán las auténticas feministas, pero fruto, en cambio, de su ferviente voluntad, hace que ésta encarne una esquirla más del espejo femenino universal, una esquirla que refleja un momento álgido en la metamorfosis de la mentalidad femenina en la antesala de la emancipación feminista. A caballo, pues, entre machismo, malinchismo y feminismo, pese a las vulnerabilidades y labilidades que arrastra, Catalina Guzmán de Ascencio es, sin duda, el fiel trasunto del brío, el nervio y la garra femenina que irán abriéndole paso a la conciencia de género.

## **Bibliografía**

### **Fuentes primarias**

MASTRETTA, Á. (1994): *Arráncame la vida*, Madrid, Alfaguara, [http://clubdelecturasr.com/literatura/arrancame\\_la\\_vida\\_angeles\\_mastretta.pdf](http://clubdelecturasr.com/literatura/arrancame_la_vida_angeles_mastretta.pdf) [Última consulta: 22.05.2016].

### **Fuentes secundarias**

BOCK, G. (2002): *Femeia în istoria Europei. Din Evul Mediu până în zilele noastre*, Mariana Cristina Bărbulescu (trad.), Iași, Polirom.

COLEMAN, J. C.; HENDRY, L. B. (1999): *Psicología de la adolescencia*, Ángel Gallardo (trad.), Madrid, Ediciones Morata.

DE BEAUVOIR, S. (2005): *El segundo sexo*, Madrid, Cátedra.

FREUD, S. (1996): *Vina de a fi femeie*, Leonard Gavrilu (trad.), București, Mediarex.

GALEANO, E. (2003): *Las venas abiertas de América Latina*, Madrid, Siglo XXI.

GALEANO, E. (2010): *Memoria del fuego*, 3 vols., Madrid, Siglo XXI.

- MONTANER, C. A. (2001): *Las raíces torcidas de América Latina*, Madrid, Plaza & Janes Editores.
- PAZ, O. (1992): *El laberinto de la soledad*, Madrid, Fondo de la cultura económica de España.
- PAZ, O. (1997): *La llama doble*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- PĂCURARIU, F. (1975): *Individualitatea literaturii latino-americane*, București, Editura Univers.
- SARMIENTO, D. F. (1874): *Facundo o Civilización y barbarie en las pampas argentinas*, París, Librería Hachette y Cia.
- WOOLF, V. (2008): *Una habitación propia*, Laura Pujol (trad.), Barcelona, Seix Barral.

### **Webografía**

- BODEVIN, L. (2003): «Naturaleza y cultura: una lectura fundamental de *Arráncame la vida* de Ángeles Mastretta» en *Revista Letras*, Curitiba, nº 60, pp. 29-41, <http://ojs.c3sl.ufpr.br/ojs/index.php/letras/article/viewFile/2856/2338> [Última consulta: 22.05.2016].
- CHÁVEZ ALFARO, I. (2013): «*Arráncame la vida*, de Ángeles Mastretta: reimaginar a la mujer en la literatura» en *Revista Nuevo Humanismo*, vol. 1(1), julio-diciembre, pp. 85-94, <http://www.revistas.una.ac.cr/index.php/nuevohumanismo/article/view/5850/6018> [Última consulta: 22.05.2016].
- COCIMANO, G. (2005): «La mujer, una metáfora latinoamericana» en *Escáner Cultural*, Santiago de Chile, nº 75/agosto, <http://www.escaner.cl/escaner75/ensayo.html> [Última consulta: 22.05.2016].
- FUENTES, M. (2004): «La cantante, el gobernador, su mujer y su amante: la política del bolero» en *Taller de Letras*, Santiago de Chile, nº 35, pp. 45-57, <https://marcelofuentes.wordpress.com/2010/02/03/la-cantante-el-gobernadorsumujer-y-su-amante-la-politica-del-bolero/>; <https://marcelofuentes.wordpress.com/2010/02/03/la-cantante-el-gobernador-su-mujer-y-su-amante-la-politica-del-bolero/> [Última consulta: 23.05.2016].
- GONZÁLEZ, M. A. (1994): «Innovación en la actual novela feminista mexicana. Domecq, Mastretta y Sefchovich» en *Actas Irvine-92*, Juan Villegas (coord.), vol. 2 (*La mujer y su representación en las literaturas hispánicas*), pp. 220-227, [http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/11/aih\\_11\\_2\\_027.pdf](http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/11/aih_11_2_027.pdf) [Última consulta: 23.05.2016].
- HÖLZ, K. (1994): «El macho vencido. La sátira social en la novela *Arráncame la vida* de Ángeles Mastretta» en *Anuario de Letras*, vol. 32, México,

- D. F., pp. 181-206, <https://revistas-filologicas.unam.mx/anuario-letras/index.php/al/article/view/730> [Última consulta: 22.05.2016].
- LEMAÎTRE LEÓN, M. J. (1996): «La historia oficial frente al discurso de la “ficción” femenina en *Arráncame la vida* de Ángeles Mastretta» en *Revista Iberoamericana*, Pittsburgh, n° 174, enero-marzo, pp. 185-197, <http://revistaiberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/view/6328/6504> [Última consulta: 23.05.2016].
- LLARENA, A. (1992): «*Arráncame la vida*, de Ángeles Mastretta: el universo desde la intimidad» en *Revista Iberoamérica*, Pittsburgh, n° 159, abril-junio pp. 465-475, <http://revistaiberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/view/5045/5203> [Última consulta: 23.05.2016].
- LUNA, L. G. (2004): «*La otra cara de la política: exclusión e inclusión de las mujeres en el caso latinoamericano*» en *Mujeres en red*, Periódico feminista, <http://www.nodo50.org/mujeresred/politica-igl.html> [Última consulta: 23.05.2016].
- MADRID MOCTEZUMA, P. (2006): «Cuando ellas dicen no: rebelión e identidad femenina en la narrativa de la revolución mexicana escrita por mujeres» en *Revista Nuestra América*, Porto, Edições Universidade Fernando Pessoa, n° 1, enero-julio, pp. 55-67, <http://bdigital.ufp.pt/bitstream/10284/2345/3/55-67.pdf> [Última consulta: 23.05.2016].
- MENDOZA HIDALGO, B. L. (2004): *Arráncame la vida, novela de Ángeles Mastretta: la historia y el discurso*, Guatemala, Universidad de San Carlos, [http://biblioteca.usac.edu.gt/tesis/07/07\\_1477.pdf](http://biblioteca.usac.edu.gt/tesis/07/07_1477.pdf) [Última consulta: 22.05.2016].
- MIGNOLO, W. (2007): *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*, Silvia Jawerbaum y Julieta Barba (trad.), Barcelona, Gedisa, <https://es.scribd.com/doc/130753026/1-Walter-Mignolo-La-Idea-de-America-Latina-La-Herida-Colonial-y-La-Opcion-Decolonial> [Última consulta: 20.06.2016].
- MONTALVO APONTE, Y. (2000): «*Arráncame la vida*, del humor tierno al negro», *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Florencio Sevilla Arroyo, Carlos Alvar Ezquerria (coord.), Madrid, Editorial Castalia, vol. 3, pp. 260-269, [http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/13/aih\\_13\\_3\\_035.pdf](http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/13/aih_13_3_035.pdf) [Última consulta: 28.05.2016].
- PEDROZA, A. (2005): *¿Ser o parecer? La triste verdad de la mujer latinoamericana*, <http://www.vcrisis.com/index.php?content=esp/200507141436> [Última consulta: 22.05.2016].

- PRATS FONTS, N. (1998): «Estrategias para una búsqueda de la armonía: Las *Mujeres de ojos grandes*, de Ángeles Mastretta» en *Arrabal*, Lleida, nº 1, pp. 59-64, <http://www.raco.cat/index.php/Arrabal/article/view/140428/191945> [consulta: 23.05.2016].
- ROZANSKA, K. (2011): «Los arquetipos de la mujer en la cultura latinoamericana: desde la cosmovisión precolombina hasta la literatura contemporánea» en *Románica*, 1(2), <http://romdoc.amu.edu.pl/Rozanska.pdf> [Última consulta: 22.05.2016].
- SABIA, S. (2006): «*Arráncame la vida* de Ángeles Mastretta: La Historia desde la trastienda» en *Espéculo. Revista de estudios literarios*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, nº 32, <https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero32/arravid.html> [Última consulta: 22.05.2016].
- SHOWALTER, E. (1985): «Toward a Feminist Poetics» en *The New Feminist Criticism*, Elaine Showalter (ed.), New York, Virago Press, pp. 125-143, [http://historiacultural.mpbnet.com.br/feminismo/Toward\\_a\\_Feminist\\_Poetics.htm](http://historiacultural.mpbnet.com.br/feminismo/Toward_a_Feminist_Poetics.htm) [Última consulta: 22.05.2016].
- VERGARA ESTÉVEZ, J.; VERGARA DEL SOLAR, J. (2002): «Cuatro tesis sobre la identidad cultural latinoamericana. Una reflexión sociológica» en *Revista de ciencias sociales* (CI), Tarapacá, Universidad Arturo Prat, nº. 12, pp. 77-92, <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=70801206> [Última consulta: 22.05.2016].

### Fuentes enciclopédicas

- CHEVALIER J.; GHEERBRANT A. (coord.) (1993): *Dicționar de simboluri*, Micaela Slăvescu, Laurențiu Zoicaș (trad.), București, Artemis.
- SCHWARZ, C. et al. (ed.) (1990): *Chambers English Dictionary*, Edinburgh, W&R Chambers Ltd.